

EL ESTADO RUSO Y LA IGLESIA UKRANIANA

(II)

LA IGLESIA CATÓLICA DE UKRANIA

Hemos visto cómo a la muerte del metropolitano unido José Soltán, en 1517, los ucranianos unidos que vivían bajo dominio de Polonia y Lituania volvían nuevamente al cisma, absorbidos por Moscú y trabajados además, más adelante, por influjos protestantizantes. Siguieron en creciente decadencia las condiciones de la Metropolia, sin que se atrevieran los jefes religiosos a oponerse a las intervenciones frecuentes de los laicos y al influjo creciente del protestantismo. Por otro lado, su clero se encontraba en un lastimoso estado. Todo ello induciría a muchos a buscar una nueva solución en la unión con Roma, que se llevaría de hecho a efecto en el Sínodo de Brest Litowski de 1596 para los bielorrusos y un siglo después para los ucranianos ²⁸.

²⁸ Para el estudio de esta Iglesia Ucraniana unida es de suma importancia la publicación de los Padres Basilianos, con el título de *Analecta Ordinis Sancti Basilii Magni* (OSBM), en tres secciones distintas. Citamos lo publicado hasta aquí (1969) de carácter general; unos volúmenes están en ucraniano; otros, en diversos idiomas europeos. Los principales para nuestro caso, en la sección III, son: *Documenta Pontificum Romanorum historiam Ucrainae illustrantia*, vols. I-II, Roma, 1953 y 1954 (1075-1700, y 1700-1953), pp. XX-682 y XII-680; *Audientiae Sanctissimi de rebus Ucrainae et Bielarrusjæ*, 1650-1850, vols. I-II, Roma, 1963 y 1964 (1650-1779 y 1780-1862), pp. XXII-288 y XII-400; *Acta S. C. de Propaganda Fide Ecclesiam catholicam Ucrainae et Bielarrusjæ spectantia*, vols. I-V, Roma, 1953-1955 (1622-1667, 1667-1710, 1710-1740, 1740-1769, 1769-1862), pp. XVI-638, XII-336, X-328, XII-269 y XII-294; *Litterae S. C. de Propaganda Fide Ecclesiam catholicam Ucrainae et Bielarrusjæ spectantes*, vols. I-VII, Roma, 1954-1957 (1622-1670, 1670-1710, 1710-1730, 1730-1758, 1758-1777, 1777-1790, 1790-1862), pp. XVI-332, X-326, VIII-360, XII-360, X-344, XX-360; *Congregationes Particulares Ecclesiam catholicam Ucrainae et Bielarrusjæ spectantes*, vols. I-II, Roma, 1955 y 1957 (1622-1728 y 1728-1862), pp. X-308 y X-362; *Epistolae Metropolitanarum Kioviensium catholicorum...*, vols. I-IX, Roma, 1956-1965; *Litterae Nuntiorum Apostolicorum historiam Ucrainae Illustrantia*, 1550-1965, vols. I-XIII, 1959-1968; *Supplicationes Ecclesiae Unitae Ucrainae et Bielarrusjæ*, vols. I-III, Roma, 960-1965 (1600-1699, 1700-1740, 1741-1769), pp. XXII-370, XII-360 y XII-358; WELYKYI, ATHANASIOS, OSBM: *Litterae Episcoporum historiam Ucrainae illustrantes* (1600-1900), vol. I (1600-1640), Roma, 1972, PP. Basiliiani, pp. X-335.

El metropolitano Rutzkyj

Al metropolitano Ipacio Potiej, gran inspirador de la unión, le sucedió su obispo auxiliar José Velamin Rutzkyj, personaje de gran categoría en estos primeros años de la unión, que consiguió una adhesión más firme a la misma por parte del pueblo y del clero bajo rutheno. No pudo conseguir sus planes de reforma de las escuelas para la educación de la juventud por penuria de medios económicos, pero sí que logró pleno éxito en sus planes de reforma de los monjes basilianos, que hasta entonces dependían tan sólo de los correspondientes obispos y llevaban una vida casi exclusivamente monástica. El supo transformarlos en una verdadera Orden religiosa, dirigida por un superior general distinto e independiente del metropolitano. Los sacerdotes deberían dedicarse también a la cura de almas. Los obispos, a su vez, deberían ser todos ellos basilianos, como lo habían sido hasta entonces. Un capítulo general celebrado en 1621 decidió aceptar todas estas reformas y comenzó a así a funcionar la nueva Orden, aprobada por Roma ^{25 bis}.

Una dificultad bastante seria provenía de la misma jerarquía polaca latina, que se oponía a la plena equiparación de ambas jerarquías y de ambos cleros, latino y rutheno, tanto en el orden social como en el jurídico. Ante las dificultades que esta postura latina ocasionaba, no pocas familias nobles y personajes de influencia ruthenos optaban por dar el paso al *rito latino*, con gran detrimento para la vida interna de la Iglesia ruthena unida. El metropolitano Rutzkyj se puso en comunicación con Roma y ambos decidieron atajar el peligro. La Congregación de Propaganda Fide, con decreto del año 1624, prohibía, sin una expresa autorización, el paso de rito a los convertidos. Era necesario conservar el propio rito. Es curioso que este decreto no fue hecho público en Polonia por la oposición del episcopado latino, aunque por su parte el rey estaba dispuesto a hacerlo. De ahí que por entonces pareciera esta unión un tanto provisional y como un paso previo para el paso definitivo de todos los ruthenos al rito *latino*.

Por fin, otro capítulo de dificultades provenía de la jerarquía ortodoxa misma, restablecida en el 1620 por el patriarca de Jerusalén, Teófanos. Ahora los nuevos obispos ortodoxos, aunque oficialmente no estaban reco-

^{25 bis} WOJNAR MELETIUS, M., OSBM: *De regimine Basilianorum Ruthenorum a Metropolitano Josepho Velamin Rutzkyj instauratorum*, Roma, 1949. PP. Basiliani, PP. XX-199.

nocidos por el rey, sentían el apoyo de muchos nobles ruthenos y se lanzaban a reivindicar la posesión de iglesias, monasterios y bienes eclesiásticos, aun recurriendo a veces a la violencia; actos que culminarían el año 1623 en el asesinato del arzobispo unido San Josafat, arzobispo de Polock. Cuando en 1632 el rey Ladislao IV reconoció ya la jerarquía ortodoxa en sus reinos, el arzobispo Rutskyj entabló relaciones con ella para una nueva unión, especialmente con el metropolitano de Kiew, Pedro Moghila, como ya hemos visto. Fracasaron ante el desinterés del propio rey y ante la hostilidad manifiesta de los cosacos. Rutskyj moría el año 1637, dejando ya una unión firmemente afianzada y organizada, gracias a lo cual podría superar por el momento los peligros que la amenazaban²⁹.

Por su importancia en la vida de la recientemente unida Iglesia Rutheno-Ukraniana, merece conocer más despacio su vida y su obra apostólica. Descendía de una familia moscovita. Su nombre nativo era Iván Veljamin. Durante el reinado de Iván el Grande tuvo su familia un puesto de relieve en la corte del zar. Pero durante la guerra ruso-polaca fueron cogidos cautivos varios miembros de la familia por los polacos y ya se quedaron al servicio del rey Segismundo II, el cual les concedió, como premio, varias extensiones de terreno en el territorio de Lituania. Una de esas posesiones era el castillo de Ruta, de donde derivarían para adelante su apellido. En ese castillo nació precisamente Iván Veljamin Rutskyj. Más adelante, al tomar el hábito monástico, tomaría también el nuevo nombre de Josif.

Lo mismo que otras muchas familias lituanas, sus padres eran calvinistas, si bien seguían con algunas tradiciones propias de la Iglesia bizantina. Iván recibió por tanto una educación calvinista. Mientras hacía sus estudios en Vilna le gustaba escuchar a los jesuitas en sus prédicas ordinarias. Por este tiempo residía también en Vilna el príncipe Ostrogsky, con su esposa, Sofía Tarnavska, que por cierto era una católica muy piadosa. Entonces el príncipe organizó una confrontación doctrinal entre los jesuitas y un renombrado teólogo ortodoxo. Rutskyj, que recibía parte de su instrucción precisamente en el palacio del príncipe, asistió también al debate. Quedó admirado por la clarividencia de los argumentos de los jesuitas, y él mismo quedaba ganado para el catolicismo. Después de morir su padre marchó a

²⁹ Véase SZEHA, M.: «"Vita Rutsii". Prima biographia Josephi Velamin Rutskyj, Metropolitae Kioviensis», 1613-1637. *Analecta OSBM*, 1963, S. II. S. II, 135-182; WELICKYJ, A. G.: «Joannes Velamin Rutskyj in "exitu viarum"», 1603-1608. *Ibidem*, 1949, S. II. S. II, 9-38; «Epistolae Josephi Velamin Rutskyj, Metropolitae Kioviensis catholici», 1613-1637, Roma, 1956. *Analecta OSBM*, S. III, núm. 21, pp. XXXII-410.

proseguir sus estudios en la Universidad de Praga, y en el entretanto pidió a los jesuitas que le instruyeran convenientemente en la doctrina católica. Los jesuitas le aconsejaron su paso al rito latino y no precisamente al bizantino. Recordemos, por lo demás, que él había sido hasta entonces calvinista, si bien el rito originario de su familia había sido el bizantino. Más tarde pasó a estudiar en Wurzburg la Filosofía, donde se doctoró en esa materia, y de allí pasaba a Roma. Fue admitido en el Colegio griego, fundado por Gregorio XIII en el 1577, como candidato al sacerdocio. El Colegio griego seguía, a pesar de ser para griegos, el rito latino.

Sin embargo, en Roma precisamente se le animaría vehementemente a pasar al rito bizantino de su antigua familia. Era el tiempo en que se estaba gestionando la unión de Brest Litowski, y Roma, por su parte, estaba buscando personalidades de talla que siguieran el rito bizantino de los ruthenoukranianos. Iván no veía la razón del paso a ese rito y prefería seguir con el rito latino. Como era ciertamente una personalidad y resaltaba por sus estudios, llegó a conocimiento del propio Clemente VIII, quien desde el primer momento previó en él un personaje de categoría para el sostenimiento de la futura Iglesia unida. Le admitió a una audiencia particular y le ordenó aceptara el rito bizantino como un servicio a la Iglesia de Dios. Lo aceptó ciertamente, casi como por obediencia, pero con disgusto marcado de su alma.

Al regresar a Lituania, ya el metropolitano Potiej había sido acusado por sus adversarios de «latinizar» a la Iglesia ucraniana unida. Rutskyj fue recibido en su patria con cierta frialdad, precisamente por ese paso dado al rito bizantino. Descorazonado en un principio, decidió retirarse una temporada a su casa familiar. Fue entonces cuando entabló relaciones de amistad con otro joven llamado Kunceviz, que se había hecho comerciante. Este vino a confesar a su nuevo amigo que sentía deseos de abrazar la carrera sacerdotal y que había pedido ya ser recibido en el monasterio de San Basilio el Grande. Era entonces precisamente cuando la comunidad basiliana estaba experimentando la influencia del metropolitano Potiej en la renovación de su espíritu; Kunceviz habría de ser uno de los mejores puntales del metropolitano para esa reforma. Lo veremos en otra parte. Kunceviz le proponía a Rutskyj que le acompañara también él. Rutskyj quedó sorprendido de la invitación; admiraba en su amigo rasgos de auténtica santidad. En el entretanto acababa de llegar a Vilna una delegación pontificia con destino a

Rusia y Rutskyj se apresuró a ofrecerle sus servicios como intérprete, dados sus años de estancia en Italia. Era el año 1604. El enviado pontificio era un carmelita descalzo; Rutskyj le pidió ser recibido en su Orden al término de la misión. Pero la misión pontificia quedaba detenida en Moscú por orden del zar y poco después recibía la orden de abandonar Moscú. Rutskyj regresaba a Vilna y se apresuró a visitar a su amigo Iván Kuncevit, el cual había recibido ya el hábito monástico, con el nuevo nombre de Josafat. Tras su conversación, vino a deducir Josafat que jamás entraría en los basilianos, precisamente por su innata aversión al rito bizantino. Regresaba más tarde a Roma y comenzó a pedir se le dispensara del voto hecho de seguir en el rito bizantino toda su vida. Tenía la intención de ingresar como religioso en alguna Orden latina. Consiguió de Paulo V la dispensa de su voto y retornó a Vilna sin estar determinado aún qué Orden latina escogería. Hubiera querido, eso sí, ayudar a su amigo Kuncevit, ahora monje Josafat, en la reforma de los basilianos emprendida, pero desde un punto de mira específicamente *latino*. Así las cosas, fue un día a escuchar la predicación de un padre jesuita, agosto de 1607. Al terminar el sermón pudo escuchar, con gran extrañeza por cierto, que el padre anunciaba a todos los fieles que el próximo domingo Iván Rutskyj, allí presente y bien conocido de todos ellos, haría su entrada en el monasterio basiliano de la Santísima Trinidad. E invitaba a todos a estar presentes en la ceremonia. Rutskyj quedó al mismo tiempo malhumorado y asqueado. Salió del templo y se dirigió al superior de los jesuitas para denunciar el caso. El superior llamó al padre y le reconvino por su imprudente acción. Este no se retractó, sino que con toda ingenuidad repitió lo que había dicho así, porque estaba convencido en su conciencia que había de suceder así. Rutskyj acudió entonces al obispo de Vilna. Este, que conocía al jesuita y admiraba su discreción y su humildad, aconsejó a Rutskyj que siguiera el consejo del predicador como un llamamiento de Dios. Pero es que el ingresar en la Orden basiliana implicaba su retorno al rito bizantino. Nuevamente cayó en un estado acusado de depresión y de lucha interna. Al fin de la semana recobró la calma, y el joven Iván Veljamin Rutskyj, con cuatro candidatos más, recibía el hábito monástico, precisamente aquel siguiente domingo, de manos del metropolitano Potiej. Profesaba el 1 de enero de 1608, con el nuevo nombre de Josif³⁰.

Ya hemos visto cómo el metropolitano Potiej le había designado primero

³⁰ EMELIANOVA, M. S.: «The Union of Brest-Litowsk 1595/1596». *Looking East*, 1973, núm. 12, 13-15.

superior del monasterio basiliano y luego su obispo auxiliar para la Metrópoli de Kiew-Halyc. Cuando entraba en posesión de la diócesis, al morir Potiej, en el 1613, Rutskyj tenía cuarenta y tres años. Las dificultades se multiplicaban, como ya hemos visto anteriormente. Recordemos algunas. El año 1620 fue particularmente borrascoso como consecuencia de una visita hecha por el patriarca de Jerusalén, Teófanés III. Todos los obispos ucranianos, con la excepción del de Lvov, Balabán, que se había retractado, y del de Peremysl, Kopystynskyj, que había fallecido ya, habían aceptado la unión con Roma. Los ortodoxos se habían quedado sin propia jerarquía en todo el territorio. Pues bien, aunque se hallaba en territorio que no pertenecía a su propia jurisdicción, el patriarca Teófanés decidió consagrar toda una jerarquía totalmente ortodoxa, consagrando un obispo para cada una de las sedes ucranianas, tan sólo exceptuadas las de Lvov y Peremysl, ya que estos dos obispos habían retractado su postura unionista anterior. Resultaba así, desde este momento, que cada una de las sedes ucranianas tenía dos obispos, el católico unido y el ortodoxo bizantino. Naturalmente, todo esto se había realizado sin el previo consentimiento del rey, que era quien tenía que proveer las sedes episcopales dentro de su reino. En consecuencia, oficialmente no quedaban reconocidos los nuevos nombramientos.

No esperaba tal decisión Teófanés III. En la Dieta de 1620 los ortodoxos se negaron a pagar sus tasas correspondientes como contrapartida a la negativa de no aceptar a los nuevos obispos ortodoxos. Para la sede metropolitana de Kiew había sido consagrado Boretskyj. Además, todo el clero ortodoxo comenzaba a incitar a sus cosacos contra el rey, que por cierto necesitaba de toda su colaboración para rechazar los continuos avances de los turcos. Un enviado especial consiguió aplacarlos y con fortuna, pues gracias a ellos los turcos fueron derrotados. Nuevamente insistía Teófanés III en el reconocimiento oficial de los obispos ortodoxos y nuevamente el rey polaco repetía su negativa, invitando al propio Teófanés a abandonar cuanto antes su territorio.

Boretskyj y sus obispos seguían reclamando la posesión de sus sedes episcopales, con sus iglesias, monasterios y demás propiedades, que seguían en manos de los obispos unidos. Se temía hasta una guerra civil. El rey seguía en su postura, sin querer atender tales demandas. Desde Jerusalén y Constantinopla, Teófanés III y Cirilo Lukaris, respectivamente, iban enviando carta tras carta incitando a una rebelión abierta contra los católicos ukra-

nianos a los cosacos y a los protestantes. Uno de los más activos en esta campaña anticatólica era el designado arzobispo de Polotsk, Melecio Smortrytskyj. Arzobispo unido de la misma sede era Josafat Kuncevit. Toda aquella archidiócesis, con la sola excepción de Mohilev, había aceptado la unión con Roma. El arzobispo ortodoxo había comenzado una campaña violenta contra el arzobispo católico, por medio de cartas y panfletos profusamente repartidos por toda la región. Particularmente violenta fue la persecución de los católicos unidos en la ciudad de Vitebsk, de donde querían expulsarlos incluso a todos. Josafat se apresuró a llegarse a la ciudad para llevar un poco de paz y de ánimos a los católicos. Smortrytskyj, por su lado, siguió la campaña de violencias, queriendo ahora convencer a los ciudadanos de que la expulsión de los uniatas era una orden expresa del rey. Las mismas intrigas en Polotsk durante la ausencia de Josafat, y los mismos desórdenes internos que en Vitebsk. Más aún, los cosacos, adeptos de Smortrytskyj, fueron incitados a asaltar ahora el monasterio de los basilianos.

La situación era tensa, muy tensa ciertamente. En la Dieta de 1623, y por influjo de la nobleza, se consiguió al fin el reconocimiento oficial de la nueva jerarquía ortodoxa. El rey no podía ya resistir más ante las presiones de la nobleza polaca, que exigía tal reconocimiento. Los católicos unidos eran, además, objeto de acusaciones violentas, porque se les suponía cómplices de violencia contra los ortodoxos. Nada más lejos de la realidad. Pero la causa se llevó ante los tribunales polacos. Era presidente el primado polaco de rito latino. El metropolitano Rutskyj sabía muy bien cómo refutar esas acusaciones malévolas, dirigidas por el metropolitano ortodoxo Boretskyj y por el arzobispo Smortrytskyj. Se esperaba una sentencia favorable a los católicos, cuando he aquí que con toda extrañeza se dictaba una sentencia contraria. Se apoyaba en razones de paz, paz que, naturalmente, había de ir montada en razones *políticas*. Pero en todo caso quedaba legalmente reconocida la jerarquía ortodoxa, y el metropolitano católico Rutskyj se sentía impotente para oponerse ya a tal decisión. Recurrió a la Santa Sede, pero, aun antes de que su carta llegara a Roma, ya hubo que lamentar en Ucrania nuevos serios conflictos, bañados esta vez en sangre.

El arzobispo Smortrytskyj seguía en sus ataques contra Josafat mediante la incitación del pueblo y de los cosacos, a los que pedía una unión más estrecha cada vez en torno al metropolitano Boretskyj. Entre los que se negaban a volver a la ortodoxia se contaban varios monjes y sacerdotes secu-

lares, que al fin caerían decapitados por su fidelidad a la unión con Roma. Eran ya los primeros mártires. Pero el primero de ellos había de ser el propio arzobispo, San Josafat. Desde 1623 residía en Vitebsk, donde la situación se hacía cada vez más tensa. El 11 de noviembre de ese mismo año uno de los sacerdotes ortodoxos, llamado Elías, se plantó ante la fachada de la residencia episcopal, lanzando infames insultos contra el arzobispo, su clero unido y sus fieles. No estaba en casa entonces el arzobispo; a su regreso fue informado del incidente. Entonces denunció la acción denigrante del sacerdote Elías, al que hizo arrestar como contraventor de la paz y autor de escándalos graves. El incidente sirvió como pretexto para instigar más aún a los enemigos del arzobispo católico. Elías fue libertado ciertamente, pero el enfurecimiento de la plebe ya no podía ser controlado y por la fuerza entraba en las dependencias del palacio. Josafat no dudó en salir al encuentro de aquella plebe enfurecida con intento de calmarlos. Y mientras alzaba sus manos, implorando calma e iniciando una bendición, uno de ellos le largó un hachazo en la cabeza y todos se lanzaron luego despiadadamente sobre él. El cadáver lo arrojaron poco después al río. Más adelante lo rescatarían los fieles y lo conducirían a la catedral, donde quedó expuesto durante nueve días. Después, con toda solemnidad, fue trasladado a la catedral de Polotsk, su catedral, siendo enterrado en la cripta. Ya en abril de 1625, dos años después de su martirio, Urbano VIII abrió el proceso de beatificación, que de hecho tuvo lugar en 1643. La canonización sería en 1867, bajo el pontífice Pío IX. Podemos recordar ahora que sus restos serían trasladados el 25 de noviembre de 1963 a la basílica de San Pedro, de Roma, y allí depositados ante la presencia del papa Pablo VI, del metropolitano José Slipyj, del arzobispo Juan Bucko y otras personalidades latinas y bizantinas³¹.

Esta muerte de San Josafat vino a obrar el milagro. Muy pronto pasaban al catolicismo cantidades de ucranianos, entre ellos el alcalde de Polotsk, que anteriormente había sido un decidido sostenedor del arzobispo ortodoxo Smortrytskyj. Este, asustado quizá de toda su actuación, se apresuró a marchar lejos de aquella región, acogiéndose temporalmente en Constantinopla, al lado de su antiguo maestro, ahora patriarca constantinopolitano, justamente recién llegado de su destierro de Rhodas, donde había sido confinado.

³¹ EMELIANOVA, l. c., 13-17.

En Constantinopla pidió al patriarca Lukaris que le dejase los mejores libros sobre la doctrina distinta de griegos y latinos. Quería hacer una confrontación detenida de todas esas doctrinas. En primer lugar le entregó su propia *Confessio Fidei*. Pero este intercambio de ideas entre el arzobispo y el patriarca iba a desembocar en una decisión inesperada. Smortrytskyj abandonaba Constantinopla firmemente convencido de la verdad del catolicismo. Efectivamente, en 1627 hacía su reconciliación con Roma, con lo que venía ahora a ser uno de los mejores puntales de defensa de los católicos bizantinos. Para justificar el paso publicó un libro con el título de *Apología de mi viaje a Oriente*, en el que expresamente afirmaba que, tras un serio estudio de la doctrina, ya nada encontraba que pudiera detenerle en su camino hacia Roma.

Incluso pensó atraer a su misma decisión al metropolitano Boretskyj, del que había sido colaborador y amigo. Le envió su *Apología*. Pero éste se había inclinado ya abiertamente del lado de Moscú y su reacción fue completamente distinta de la de Smortrytskyj. Ahora comenzaba una nueva campaña de persecución y de violencia contra el mismo Smortrytskyj. Fue obligado a vivir fuera de los confines de Kiew, un verdadero destierro para él. Desgraciadamente, no supo tener la fuerza de voluntad de San Josafat y al año siguiente, 1628, retractaba sus anteriores actuaciones en favor de los católicos unidos. Si bien vivía vigilado en su casa, consiguió fugarse y refugiarse en Lvov, donde declaraba que había tenido que actuar bajo insistente presión. Escribió un nuevo libro, éste contra el Sínodo celebrado en Kiew por los ortodoxos, en el que había sido condenada su *Apología*. El nuevo libro llevaba como título *Una protesta contra el Sínodo de Kiew*. Le contestó el metropolitano Boretskyj con un panfleto titulado *Antídoto 1629*, y Smortrytskyj contestaba a su vez con un nuevo escrito polémico, *Exethesis*, o *Una comparación entre la «Apología» y el «Antídoto»*. Escritos del arzobispo Smortrytskyj que los católicos unidos supieron estimar convenientemente y en los que el antiguo arzobispo ortodoxo supo defender su fe. En adelante llevó una vida de oración y penitencia por su momentáneo abandono de la unión católica. Urbano VIII, con reconocida paternal solicitud y comprensión, no dudó en otorgarle su completo perdón³².

El choque emocional causado por el asesinato de San Josafat apagó por el momento la vehemencia antagónica entre ortodoxos y católicos. Se había

³² EMELIANOVA, l. c., 16-19.

llegado demasiado allá. Hasta se concibió una exigua esperanza de que todos los rutheno-ukranianos pudieran reunirse a Roma. En 1624 convocaba en Lvov (Leopol) un Sínodo católico el metropolitano Rutskyj, al que asistió todo el episcopado unido y una buena parte de sacerdotes seculares y de monjes. El rey de Polonia envió como representante suyo al príncipe Alejandro Zoslowskyj, hijo, por cierto, del príncipe Ostrogskyj, fallecido ya en el 1608, como hemos visto. Era uno de los más convencidos sostenedores de los católicos unidos. También estaba presente una buena delegación de los ortodoxos. El Sínodo no resultó, tanto por la actitud de los nobles ortodoxos como por la de los católicos polacos latinos, que no miraban con buenos ojos a sus hermanos católicos de rito bizantino. En la realidad, la Provincia Eclesiástica católica unida se encontraba en precarias circunstancias económicas, debido a las circunstancias de su existencia y vida. Muchas de sus iglesias y posesiones habían sido confiscadas ya o por los ortodoxos, o por los católicos latinos. Más aún: venían a ser objeto de crítica por parte de ortodoxos y latinos, como perturbadores de la paz y del orden interno de la nación. ¡Cuánto mejor hubiera sido que todos ellos hubieran abrazado el rito latino!

Rutskyj no dudó exponer al Papa tan tirante situación. Como respuesta, con fecha de febrero de 1624 salía un decreto pontificio prohibiendo severamente a clérigos y laicos bizantinos pasarse al rito latino. Ya hemos dicho que este decreto no fue promulgado en Polonia. Parece que el propio rey Segismundo III estaba interiormente convencido de que, al desaparecer de la escena el metropolitano Rutskyj, cuya personalidad ciertamente él estimaba, todo este problema de los católicos unidos desaparecería también, quedando la Unión de Brest-Litowski como un acontecimiento más de la Historia. De ahí que en su intención era más conveniente que los ortodoxos que quisieran ir uniéndose a Roma lo hicieran abrazando conjuntamente el rito latino. Tal convicción no dejaba de ser bien lamentable evidentemente.

En 1630 moría el metropolitano ortodoxo Boretskyj, y sin el consentimiento previo del rey, al que tocaba la elección, fue designado por los mismos ortodoxos como nuevo metropolitano de Kiew el obispo ortodoxo de Peremysl. En 1632 moría también Segismundo III, que en medio de todas sus debilidades había sido, al fin y al cabo, un buen protector de los 3.000.000 de católicos ya unidos. Le sucedía su hijo Ladislao Wasa, rey de Suecia, nación de mayoría protestante. Tenía la idea, realmente soñadora, de unir en un

solo Estado a Polonia, Suecia y Moscovia. El mismo se había intitulado a sí mismo desde 1610 zar de Moscovia. Pero para llevar a feliz término tales fantasías habría de luchar por ganarse el apoyo del clero latino, de los nobles, de los ortodoxos y de los protestantes, bien difícil de conseguir evidentemente. Eso no obstante, y por mediación de Pedro Moghila, se llegaría a una alianza entre ortodoxos y protestantes en apoyo de las ideas del rey; al mismo tiempo, una alianza de temer por parte de los católicos unidos, a los que tampoco aceptaban de buen grado los católicos latinos. Rutskyj no encontraba sino frialdad y destemplanza en todas partes, incluso en el mismo nuncio apostólico, al que acudió para que intercediera en su favor ante el rey.

El mismo Moghila lucharía porque fueran restaurados en su antiguo vigor todos los privilegios y posesiones eclesiásticas de la Iglesia Ortodoxa. Por lo tanto, los católicos unidos deberían cederles sin más todas esas antiguas posesiones. Sería la muerte, evidentemente, de la Provincia Católica Unida. Por su parte, el metropolitano católico Rutskyj hizo la aclaración de que él no podía abdicar a ninguna de sus posesiones sin el previo permiso de la Santa Sede. Por la fuerza habían conseguido los ortodoxos que volvieran a ellos las regiones de Kiew, Podolia y Brestslav. Para la elección del nuevo rey (pues en Polonia se hacía entonces por elección), los ortodoxos pusieron como condición la firma de este documento antes de prometer su voto. El nuncio apostólico quiso intervenir para evitarlo, pero fue ya demasiado tarde. El rey Ladislao fue elegido, y poco después firmaba el pedido documento en favor de la Iglesia Ortodoxa. Muy poco después marchaba a Roma para una audiencia con el Pontífice. Urbano VIII, mediante breve del 1 de enero de 1633, ordenaba al metropolitano Rutskyj que impugnara el firmado decreto real como contrario al Derecho canónico y civil y, por lo tanto, inválido. También aconsejaba lo mismo al propio rey, exigiendo una retractación del decreto, al mismo tiempo que le pedía quisiera ser el protector nato de los católicos unidos dentro de su reino. No parece que atendiera a las súplicas del Papa; más bien se mostró defensor de los ortodoxos. El principal instigador de esta actitud real parecía ser el archimandrita Pedro Moghila, que muy pronto iba a ser designado ya metropolitano de Kiew.

Realmente la división de la Iglesia era bien aguda. Todas y cada una de las sedes tenían su doble jerarquía; en concreto, la de Kiew, metropolitana, tenía a su frente dos personajes de calidad: Rutskyj, ya entrado en

años, aunque no cansado de luchar, y Pedro Moghila, joven y dinámico y entusiasta convencido de la verdad de su Iglesia ortodoxa, si bien durante algún tiempo discutió, como ya hemos visto, la posibilidad de una unión común, dentro de un Patriarcado independiente, de la Iglesia rutheno-ukrainiana.

Por su parte, Rutskyj, que en sus años jóvenes era partidario del rito latino, con una oposición manifiesta al rito bizantino, se había convertido en el más significado defensor de la Iglesia Católica unida. Urbano VIII llegó incluso a llamarle el Atanasio de la Iglesia ruthena. En la defensa del propio rito buscaba posibles soluciones para su supervivencia. Regresado de Roma, y viendo que existían realmente divergencias internas, escribió su primer trabajo, *Discursus de corrigendo regimine in ritu graeco*³³. En él trata de demostrar las utilidades del paso al rito griego de diversas Ordenes religiosas, como jesuitas, carmelitas, etc., pero a costa del sacrificio del propio Instituto. Habían de ingresar en la Orden de los basilianos para convertirse en fermento renovador del monacato ruso. Unos años después ya cambiaba de opinión: no se trataba de reforzar a los monjes basilianos con elementos de ex religiosos latinos orientalizados, sino de verdaderos ramos orientales en el seno de los mismos Institutos occidentales. Los mismos jesuitas habían de recibir el encargo de dirigir y reformar la Orden oriental de los basilianos.

En cuanto a estos últimos, Rutskyj fue uno de sus mejores organizadores. Tuvo el gozo de poder ver hasta 30 nuevos monasterios en Lituania y en Ucrania, viviendo según el genio organizador y renovador de su predecesor, el metropolitano Potiej, del que tanto él como Josafat Kunscevitcz habían sido los más fieles colaboradores. Podía morir ya tranquilo, y así sucedía en 1637, a la edad de sesenta y cuatro años. Hemos de recordar que dieciocho años después de su fallecimiento sus restos seguían incorruptos aún. En 1655 fueron trasladados a Vilna, juntamente con los del patriarca de Moscú, Ignacio, nombrado patriarca en el 1605, pero depuesto por el zar un año después y obligado a vivir recluido en un monasterio. En la guerra ruso-polaca consiguió escapar del monasterio, pero fue cogido prisionero por las tropas polacas. Se refugió en el monasterio de la Santísima Trinidad de Vilna, donde hacía su ingreso en la Iglesia Católica. Fallecido en 1640, fue

³³ RUTSKYJ, J. VELAMIN: «De corrigendo regimine in ritu graeco». *Analecta OSBM*, 1963, S. II. S. II. 124-134.

enterrado junto al sepulcro del metropolitano Rutskyj, y en 1655 invadían Vilna las tropas moscovitas, que se apoderaban de los dos restos y los trasladaban a Moscú³⁴.

Los sucesores de Rutskyj

Sus sucesores en la Metrópoli ucraniana de Kiew-Halyc fueron: Rafael Korsak (1637-1640)³⁵ y Antonio Sielava (1640-1651). Hubieron de sostener grandes luchas con los ruthenos ortodoxos. Obispos unidos y ortodoxos tuvieron diversos contactos, con vistas a una unión, pero resultaron fallidos. Más aún: la misma unión estuvo en gran peligro de desaparecer por gestiones desafortunadas del rey Juan Casimiro (1648-1668). Implicado en una guerra con Suecia, con Rusia y con los cosacos, vino a concluir en 1658 un tratado de paz con estos últimos, admitiendo a Ucrania como tercer miembro del Estado lituano-polaco; en él se reconocía tan sólo la jerarquía *latina* y la *ortodoxa*, con lo que, tácitamente al menos, venía a suprimirse la unión, al no ser reconocida su jerarquía *unida*. Protestaron los obispos uniatas y entraron nuevamente en relaciones con los ortodoxos, con miras a la unión de todos. Pero cuando en el 1667, por el Tratado de Andrusov, Rusia ocupaba la ribera izquierda del Dnieper, incluso la ciudad de Kiew, sede del metropolitano ortodoxo, el rey Casimiro, antes de abdicar, retiraba los privilegios concedidos a la jerarquía ortodoxa y confirmaba los anteriormente concedidos a la *unida*. Bajo el metropolitano Gabriel Kolenda (1666-1674), volvía a consolidarse la unión³⁶.

Esta nueva reafirmación y la situación de privilegio que le concedió el rey Juan Sobieski (1676-1696) vino a influir favorablemente sobre los tres obispos ortodoxos que aún quedaban en Polonia. Así, en 1691 proclamaba la unión con Roma para su sede y sus súbditos el obispo de Peremysl Inocencio Winnicki³⁷. En 1700 el de Leopold, José Sumljanskij³⁸. Finalmente,

³⁴ EMELIANOVA, I. C., 17-22.

³⁵ WELICKYJ, A. G.: «Annus et dies mortis Metropolitae Raphaelis Korsak». *Analecta OSBM*, 1949, S. II. S. II, 145-160.

³⁶ *Epistolae Metropolitae Kioviensium catholicorum: Raphaelis Korsak, Antonii Silava, Gabrielis Kolenda, 1637-1647*. Roma, 1956, pp. VIII-368.

³⁷ MARYSIN, M.: «Vereinigung der Peremysler Eparchie». *Analecta OSBM*, 1956, 419-451; CHOMA, J.: «Maximilianus Rylo. Episcopus Chelmensis et Peremyslensis», 1759-1793. *Ibidem*, 1953, 441-471.

³⁸ WELICKYJ, A. G.: «Prima Unio Eparchie Leopoliensis anno 1607». *Analecta OSBM*, 1953, 553-567.

en el 1702, el de Luck, Dionisio Zabokricki³⁹. Resultaba así que bajo la dirección del metropolitano unido venían a militar ya casi todos los ruthenos polacos y lituanos (ukranianos y bielorrusos). Tan sólo quedaban fuera de la unión pequeñas comunidades en las regiones fronterizas de Rusia.

Ahora que la Iglesia ruthena polaca estaba en paz y podía dedicarse a su propio desarrollo cultural y religioso, asomaban las dificultades por donde menos se podían esperar: por parte de los monjes basilianos. Estos ocupaban, ciertamente, los cargos de mayor responsabilidad, pues eran los obispos propios de la iglesias ruthenas. Aquí estaba precisamente el nudo de la dificultad, pues la designación de los mismos dependía más de su superior general que del metropolitano rutheno. Un acuerdo concluido entre el superior general y el metropolitano en 1686 no cambiaba sustancialmente las cosas. Pues aunque el metropolitano podía recibir las apelaciones de los monjes, en la práctica no podía conseguir los medios para hacer triunfar sus decisiones.

Por otro lado, el nivel cultural del clero era bastante bajo, a falta de seminarios apropiados donde recibir una adecuada formación. Para ella debían ser enviados al extranjero, en escuelas latinas, en Praga, Olomuc y Roma principalmente, y ello influía en una ambientación típicamente *latina*, que nada favorecía al ambiente y espíritu eslavo-bizantino. Así comenzaba una progresiva *latinización* del propio rito, como el uso del ostensorio, las procesiones eucarísticas, los altares laterales en las iglesias, las misas privadas, etc., que van muy bien con la espiritualidad y administración canónica latina, pero que no están de acuerdo con el modo de ser del alma oriental. Ante el descontento que iban sembrando estas innovaciones latinas, el metropolitano León Kiska (1714-1729) convocó un Sínodo, que se reunió el año 1720 en Zamosc. Y el citado Sínodo decidió admitir el *Filioque* en el credo, establecer las normas convenientes para la nueva edición de los libros litúrgicos y aprobar varias costumbres latinas. Era, pues, bien clara la *latinización*, la *occidentalización* de la Iglesia ruthena unida⁴⁰.

Volvió a recrudecerse el desacuerdo entre la jerarquía ruthena y los basilianos. Hasta que el Papa Benedicto XIV invitó en el 1753 a todos los

³⁹ MARYSIN, M. S.: «Bischof Dionisij Zobokryckij und die Wiedervereinigung der Eparchie von Luck mit dem Apostolichem Stuhle». *Analecta OSBM*, 1963, S. II. S. II, 112-128.

⁴⁰ BILYNCH, JOHANNES: *Synodus Zamostima an. 1720*, Roma, 1960, PP. Basiliani, pp. XVI-127; y *Synodus provincialis Ruthenorum habita in civitate Zamosciae an. 1720*, Roma, 1833, 3.^a edic., Tip. S. Congregat., Prop. Fide, pp. XV-144.

obispos uniatas a que crearan sus propios seminarios y llamaran también a los sacerdotes seculares al desempeño de las dignidades eclesiásticas. En adelante, los monjes basilianos seguirían dependiendo de sus superiores en lo tocante a la disciplina religiosa, pero únicamente de los respectivos obispos en lo tocante a la cura de almas. Era la disciplina propia exigida también a todos los religiosos latinos.

El siglo XVIII fue un siglo de esplendor para la Iglesia ruthena unida, antes, claro está, de que comenzaran los primeros repartos de Polonia. Sus fieles llegaron a los 12.000.000 aproximadamente entre blancorruthenos (bielorrusos) y ucranianos, a Norte y Sur, respectivamente, y casi por igual.

Desmembración de la Iglesia ruthena

Por acontecimientos políticos vinieron a sucederse en los años 1772, 1793 y 1795 los tres famosos repartos o desmembraciones del reino lituano-polaco entre Rusia, Prusia y Austria. Como consecuencia de los mismos, la Galitzia (Halyc) le correspondía a Austria, con las diócesis de Peremysl y de Leopold; las regiones ucranianas restantes pasaban a Rusia, lo mismo que la diócesis de Polock, en la Rusia Blanca. En la primera división aún se salvaron algunas regiones, que siguieron con Polonia, donde se intentó una equiparación de los sacerdotes uniatas y los latinos. Para ello un determinado número de basilianos recibió la formación adecuada, que les permitió heredar no pocas escuelas o colegios de los suprimidos jesuitas (1773). Pero las dos siguientes divisiones del 1793 y 1795 acabaron con todo el resto de la Polonia independiente. Cada una de las partes había de seguir su propia suerte, según que le tocara vivir bajo Rusia, bajo Prusia o bajo Austria. Ese fue el origen de la dispersión ruthena y ucraniana, sobre todo desde el punto de vista de la unión. Hoy no existe ya propiamente una minoría católica ruthena, tan esparcida y dividida entre diversas naciones europeas. Más que con el nombre *genérico* de *ruthenos*, como se les había designado hasta esa época, llevan ahora otros nombres *específicos*, como los grupos de los bielorrusos o *blanco-ruthenos*, *ukranianos*, *galitzianos*, *eslovacos* y *ruthenos subcarpáticos*, y los emigrados a América y algunos a Yugoslavia, que conservan, estos últimos, el antiguo apelativo de *ruthenos*. En este estudio nos ceñiremos tan sólo a los ruthenos *ukranianos*. De los demás hablaremos en otro estudio particular.

Los ucranianos de la Galitzia (Ukrania occidental)

Hemos dicho que esta parte galitziana constituye la parte más occidental del territorio etnográfico ucraniano. En el siglo X constituía parte integrante del Estado o Principado de Kiew. Desde el 1085 hasta mediados del siglo XIV, y bajo la dinastía de los Rostislavyc y de los Romanovyc, pasó a formar un Estado independiente con la capital en Halyc y luego en Lemberg. En 1253 el príncipe Danylo, de la dinastía de los Romanovyc, recibía la corona real de parte del Papa Inocencio IV, con lo que la Galitzia vino a quedar constituida en reino ⁴¹.

Tras la muerte del último de los Romanovyc, acaecida en el 1340, los polacos, sus vecinos, consiguieron conquistar el territorio después de largos años de sangrientas contiendas. En los siglos siguientes, XV, XVI y XVII, la población galitziana intentó liberarse del dominio polaco con repetidas insurrecciones y revueltas, aunque sin éxito positivo alguno. En 1772, y como consecuencia de las particiones del Estado polaco, la Galitzia quedaba incorporada al Estado austríaco. En un principio el Gobierno de Viena tuvo la intención de unirla con la región de la Bucovina, creando así una sola provincia ucraniana. Pero bajo influencia de los polacos vino a prevalecer en Viena la idea de anexionar a la Galitzia los territorios polacos de Oswiencim Zator y el ducado de Cracovia. Y quedó entonces construida la gran provincia ucraniano-polaca, cuya administración política encomendó el Gobierno austríaco a las clases dirigentes polacas ⁴².

En el 1848, con ocasión de la revolución austríaca y de la transformación de Austria, los ucranianos presentaron al emperador, por medio de la Asamblea Constituyente de Kromeriz, la petición precisa de quedar unidas en una sola provincia autónoma todas las regiones ucranianas, a saber: la Galitzia oriental, la Bucovina y la Transcarpacia. La petición no obtuvo el favor gubernamental. Y en consecuencia, los ucranianos de estos territorios, súbditos austríacos de derecho, de hecho estuvieron gobernados por polacos hasta fines de la I Guerra Mundial. Hacia fines de ella, el imperio austríaco sentía síntomas de disolución, y los diversos pueblos que lo cons-

⁴¹ WELICKY, A.: *Documenta Romanorum historiam Ucrainae illustrantia*, Roma, 1953, vols. I-II; *L'incoronazione di Danylo Romanovyc*, Roma-París, 1955, p. 75.

⁴² Véase CHOMA, GIOVANNI: «La Visita Apostolica del Padre Giovanni Genocchi in Galizia (Ucraina Occidentale) nell'anno 1923». *Analecta OSBM*, 1960, vol. III, 204-224 y 492-512.

tituían intensificaban cada vez más los esfuerzos para la constitución de propios Estados nacionales.

El 19 de octubre de 1918 se reunían en Leopold 31 diputados de la Galitzia y de la Bucovina, pertenecientes al Parlamento austríaco; tres senadores, 47 miembros de la Dieta galitziana y 11 de la de Bucovina y los delegados de todos los partidos políticos y representantes de todas las Asociaciones culturales, cívicas y representantes del clero. Esta magna Asamblea, basándose en el derecho de la autodecisión de los pueblos, proclamaba la independencia de la Galitzia oriental, de la Bucovina y de la Transcarpacia, dando al nuevo Estado el nombre de *República Ukraniana Occidental*. Se creaba asimismo el Consejo Nacional Ukraniano, del que quedaba nombrado primer presidente el doctor Eugenio Petrusyevy, diputado del Parlamento austríaco. Un paso ulterior fue el dado el 1 de noviembre del mismo 1918, en que el Consejo Nacional Ukraniano de Leopold proclamaba el cese de la autoridad austríaca en toda Galitzia oriental, asumiendo él mismo el poder en todo el territorio. Lo propio hacían los ucranianos de la Bucovina en los primeros días del mismo mes y los de la Transcarpacia en su Congreso de Chust del 21 de enero de 1919, proclamando su unión con la Galitzia oriental. La nueva república contaba con unos 70.000 kilómetros cuadrados de superficie y unos 6.000.000 de habitantes, en esta proporción étnica: 71 por 100, ucranianos; 14 por 100, polacos; 13 por 100, hebreos, y 2 por 100, de otras nacionalidades diversas.

Pero ya en las primeras semanas de su existencia como Estado autónomo comenzó a ser atacado por las tropas polacas. El ejército ucraniano, con sus 120.000 hombres, opuso resistencia hasta julio de 1919. Intervino en varias ocasiones la Conferencia de la Paz, reunida en París, enviando, en misión particular, al general francés Barthélemy, quien proponía un armisticio el 28 de febrero de 1919. Mientras tanto la Conferencia de la Paz estudiaría la delimitación de fronteras entre los dos Estados. Los ucranianos no podían aceptar este proyecto, pues en la frontera provisional trazada se cedía una parte importante de territorio ucraniano al Estado polaco, incluidas las ciudades misma de Leopold y de Drohobyc, es decir, la capital misma de la Galitzia y los ricos yacimientos de nafta del distrito de Drohobyc. El 19 de marzo, nueva invitación de la Conferencia de la Paz para que cesaran las hostilidades, permaneciendo unos y otros en los puestos hasta entonces ocupados, mientras los representantes de ambos acudieran a París para dis-

cutir los límites definitivos fronterizos. Oídos unos y otros, la Comisión nombrada al efecto en París presentaba el 12 de mayo de 1919 un nuevo proyecto de paz, a base de que parte del territorio ucraniano, con Leopoldo incluso, quedara *provisionalmente* bajo ocupación polaca, hasta la decisión definitiva de la Conferencia general de la Paz en Versalles. Los yacimientos de Drohobyc quedarían, en cambio, con los ucranianos.

Poco después abrieron nuevamente las hostilidades los polacos, y en poco más de dos meses consiguieron ocupar todo el territorio galitziano; con decreto 25 de junio de 1919, el Consejo Supremo de la Conferencia de la Paz autorizaba al Gobierno polaco para *ocupar* toda la Galitzia oriental e instaurar un Gobierno *provisional* polaco. Más tarde se asegurarían unas elecciones generales. El mismo Consejo Supremo de la Conferencia establecería en su sesión del 8 de diciembre del mismo 1919 que la línea llamada de lord Curzon sería el confín limítrofe entre Polonia y Ucrania occidental.

A fines de 1920 el Gobierno de Ucrania occidental se dirigía a la Liga de las Naciones con la petición de que decidiera la suerte definitiva de la Galitzia. El citado Consejo decidía en su sesión del 23 de febrero de 1920:

1) Que las cláusulas del Tratado de paz relativas al derecho de las minorías étnicas no se podían aplicar a la Galitzia por encontrarse ésta fuera de los confines de Polonia; 2) que tampoco eran aplicables a la Galitzia las cláusulas sobre la ejecución de los mandatos ni las del control del mandatario por parte de la Liga, porque Polonia no había recibido jamás este mandato de introducir en el país una administración definitiva; 3) que en la cuestión de la Galitzia no podían regir ni siquiera los principios de la prescripción, a los que se refería la Convención de La Haya, pues en la época de la citada Convención no existía de hecho el propio Estado polaco; 4) que Polonia era, por lo tanto, y en la realidad, como cuestión de hecho, una potencia *ocupante militar* de la Galitzia, y sólo el Consejo Supremo podría decidir sobre tal cuestión.

El Consejo de la Liga de Naciones había deliberado transferir, para su competencia, la cuestión del Derecho público de la Galitzia oriental a la Conferencia de embajadores de las diversas potencias⁴³. Y esta cuestión quedó abierta hasta 1923, año en que la Conferencia de embajadores de las potencias decidió, con fecha 15 de marzo, la unión definitiva de la Galitzia al Estado polaco.

⁴³ Véase SINGALEVIC, V.: *La questione della Galitzia*, Roma, 1922, p. 22.

Mientras tanto las autoridades polacas agriaban de día en día cada vez más el estado de ánimo de los galitzianos. Hemos hablado de ello al tratar el asunto de las minorías con relación a los bielorrusos. Y ello explica la actitud del Gobierno polaco con estas minorías ucranianas y bielorrusas de rito bizantino. La situación, realmente grave, decidió a la Santa Sede a enviar una visita apostólica, que se encomendó al P. Juan Genocchi, sacerdote del Sagrado Corazón ⁴⁴.

La visita se llevó a cabo en 1923, desde el 24 de febrero hasta el mes de junio, consolando a los galitzianos de las diócesis de Leopold, Stanislaviv Peremysl y parroquia de San Norberto, de la ciudad de Cracovia.

Todos estos datos históricos son necesarios para la explicación y comprensión de la política llevada en Polonia por los políticos del Gobierno en relación con las minorías de rito bizantino del resucitado Estado polaco.

Esta situación de los ucranianos, en contacto con la cultura occidental, había tenido asimismo hondas repercusiones en su propia mentalidad cultural. Ya en la revolución general europea del 1848, un nuevo sentimiento nacional se apoderaba de estos ucranianos, que, acordándose de su antiguo imperio de Kiew, trataban de hacer revivir su antiguo patrimonio cultural. Se manifestó una reacción contra la fuerte afirmación de la cultura occidental, que se había difundido entre los uniatas por su contacto con Occidente. Como reacción, el Gobierno austríaco comenzó a favorecer a los de origen polaco a costa de los ruthenos, expulsando así a estos últimos hacia la parte de los rusos, de los que se sentían más cerca por afinidad racial. Por su parte, la corriente rusófila trataba de suprimir las innovaciones *latinizantes* introducidas en el rito bizantino. El proceso de *latinización* había tenido su razón de ser en que la sencilla población campesina ruthena se sentía inferior a los católicos latinos, que estaban en un plano cultural superior, y además en la aspiración a diferenciarse de los ortodoxos y a asimilar, si era posible, las costumbres latinas para dar pruebas de su fidelidad a la unión. Así vino a originarse una especie de *rito mixto*, que a los ojos de los rusificantes les hacía odiosa la unión. Se añadía que los defensores de la pureza del rito bizantino simpatizaban con los rusos y fácilmente se dejaban influenciar por la propaganda rusa contra la unión. Todas estas circunstancias dieron ocasión para que se formara una corriente cultural y política de sello típica-

⁴⁴ Véase CHOMA, GIOVANNI: «La Visita Apostolica del Padre Giovanni Genocchi in Galizia (Ucraina Occidentale) nell'anno 1923». *Analecta OSBM*, vol. III (1960), 204-224 y 492-512.

mente ucraniano, que se separaba tanto de los rusos como de los polacos, que eran latinos, y cuyo jefe era el metropolitano Silvestre Sembratovich (1882-1898). Querían ser ucranianos y al mismo tiempo súbditos del imperio austro-húngaro. El *rito mixto* llegó a ser, pues, el símbolo nacional, y el Sínodo de Zamoscj, que en el 1720 había aprobado esta *latinización* del rito, vino a adquirir el valor de acontecimiento nacional.

El Sínodo de Leopold de 1891 eligió una vía intermedia, entre el rito puro de unos y el latinizado de otros. El Sínodo fue aprobado por la Santa Sede, aunque surgió pronto otra discusión sobre si también las decisiones referentes al rito tenían que ser aprobadas. De ahí que naciera una fuerte oposición contra el espíritu de latinización y aun contra la simple adopción de devociones y usos latinos. Cuando, tras la guerra mundial, los blancorrusos agregados a Polonia iniciaron su movimiento de unión a base de conservar la puridad del rito, vino a sentirse que en adelante el rito mixto de estos ucranianos galitzanos constituiría más bien un obstáculo a la misma unión. De ese modo la Iglesia más importante de rito oriental (en este caso, ya un *rito mixto*) se veía excluida de colaborar en esta obra unionista. Se añadía que uno de los motivos del movimiento de apostasías surgido en las regiones subcarpáticas era precisamente esa latinización de los ritos y costumbres ucranianas. En vista de ello, los obispos ruthenos, reunidos en conferencia en 1927, trataron este discutido problema y rogaron a la Santa Sede que se dignase tomar una determinación. Fruto de todo ello fue el *Liturgicon* de 1942, que se basa en el *Eucologio* de Benedicto XIV, y quiere recoger el puro rito bizantino, manteniendo, sin embargo, en el texto y en las ceremonias lo que verdaderamente corresponde a la antigua tradición ruthena. El metropolitano Andrés Szeptycky trató de mantener alta la tradición de su Iglesia y rechazar la influencia latinizante ⁴⁵.

ANGEL SANTOS HERNANDEZ, S. J.

⁴⁵ DE VRIES, G., S. J.: «Polonia», en *Oriente Cristiano Hoy*, 122-124.